



Miradas

Hace 100 años

1919, La Semana Trágica *Pesadilla (II)*

La huelga

El 3 de diciembre de 1919 se inicia en los talleres Vasena, en aquel entonces la empresa metalúrgica más importante del país, una huelga en protesta por las duras condiciones laborales que incluyen jornadas de trabajo de once horas. Poco a poco la situación se hace más y más tensa. En diferentes momentos se dispara contra los huelguistas. Con el inicio del año también crece la tensión, hasta que el día 7 de enero estalla una feroz represión con armas de fuego que provoca la muerte de varios obreros. La violencia, ejecutada por fuerzas policiales y parapoliciales, toma las calles. Los dramáticos sucesos que ocurrirán durante la siguiente semana quedarán registrados en una obra publicada en *yiddish*, bajo el título *Koshmar (Pesadilla)*. Hemos transcripto, en un artículo previo, las palabras con las que Pinie Wald relató los sucesos de los primeros tres días.

En el cuarto día, la narración da un giro: su autor es detenido.

Día 4

“Apenas pude sobrevivir a esa noche de pesadilla. Pero la vida continuaba en ese día de verano”. Con estos pensamientos, Pinie Wald inicia una nueva jornada, tensa y angustiante. Poco después, es apresado junto a Rosa Weinstein. De esta forma, lo relata en su crónica:

Diez de enero

Por la mañana decidí salir a la calle. Me acompañaba la señora Weinstein. [...]

Nos dirigimos al Avangard en la calle Ecuador.

En la calle cerca de las ventanas, todavía estaba el montón de ceniza negra, restos de los objetos y enseres quemados. Entramos en la casa, al local de la organización. No quedaba allí otra cosa que las paredes desnudas. En un lugar alejado, en el patio, permanecía sentada la dueña, sus hijas y, junto a ellas, Maschevitch. Nos acercamos y escuchamos lo que estaba contando la dueña, con lágrimas en los ojos:

–Pensé que me estaba volviendo loca. De pronto, estalló la puerta e irrumpieron los hombres de la “guardia blanca”; amenazaban con matarnos. Me envolvió una oscuridad, me desmayé y, cuando volví en mí, todo el local ya estaba roto, hecho pedazos, quemado; cuando la “guardia” se fue, llevó consigo dos banderas rojas. [...]

Al salir, no advertimos ninguna presencia sospechosa. Íbamos por Corrientes puesto que nuestra intención era dirigirnos hacia Bermejo para enterarnos de lo que había pasado allí, pero de pronto oímos la orden:

–¡Caminen derecho!

Era un oficial del ejército que avanzaba desde atrás y estaba a dos pasos de nosotros.

–Están arrestados –informó.

En Corrientes y Pueyrredón se encontraba apostada una numerosa pandilla de infantería. Al frente estaba un oficial con un grupo de “guardias blancos”. Nos entregaron, precisamente, a este oficial, quien –durante unos minutos– dialogó cuchicheando con el otro.

De pronto, introdujo su mano en mi bolsillo y sacó mis carnets de *Di Presse*¹ y de la revista *Avangard*, como también mi libreta de ciudadano argentino.

–¡Son documentos importantes...! –dijo. Llamó a tres soldados, le dio al mayor de ellos los documentos y algo le comentó en voz baja.

Fuimos llevados a la comisaría séptima. [...]

El día había sido largo y penoso, pero, con todo, era el día. En nuestra cámara de cemento teníamos medio metro de un reflejo opaco de luz; a través de las rejas, por encima del portón alto y negro. Al fin, era una insinuación de que el día existía.

Ahora estábamos sentados, sumidos en la oscuridad. La noche comenzaba en aquel lugar antes que afuera. Recién cuando la oscuridad se hacía muy densa se encendía en el patio una lámpara, cuyo pálido reflejo llegaba al interior de la celda a través de las rejas y se detenía en la parte superior de la pared izquierda. [...]

Las horas del día transcurrieron lentamente, pero mucho más largas, diría interminables, eran las de noche. Durante el día oíamos, por lo menos, el chirrido del cerrojo. De noche, la puerta quedaba inmóvil, como si se hubiese congelado. Todo se confundía con un bloque de penosa oscuridad.²

¹ Periódico publicado en *yiddish* en la ciudad de Buenos Aires entre los años 1918 y 1994. El 9 de julio de 1977, este diario edita en forma de suplemento la publicación *Nueva Presencia*. Dirigido por Herman Schiller, se transformará, en plena dictadura cívico-militar –junto con la revista *Humor*–, en uno de los principales medios periodísticos de oposición y denuncia, en particular en lo referente a la desaparición de personas.

² Wald, P. (2019). *Pesadilla (Diario de lucha de la Semana Trágica)*. Buenos Aires: 90 Intervenciones, pp. 24-28. (Primera edición: 1929).

Día 5

El sábado Pinie Wald es llevado, junto con otros detenidos, al Departamento Central de Policía. Allí, será torturado y sometido a un interrogatorio que muestra, sin ambages, la profunda y dramática persecución ideológica y el carácter antisemita marcado en las acciones represivas de la Semana Trágica.

Once de enero

A través de las rejas, en la parte alta de la puerta, comenzó a verse el amanecer azulino, lo que me infundió algo de consuelo. El día no era, con todo, tan terrible como la noche. [...]

El patio delantero de la comisaría estaba atestado de presos sucios, maltrechos y ensangrentados, por una parte, y de policías armados, de mirada furiosa, por la otra. En el medio quedaba tan solo un atajo angosto, a través del cual me llevaron hasta la calle.

Afuera me esperaba un camión enorme. Su motor despedía vapor y un denso olor a nafta. En la parte cerrada de ese camión, que se parecía a un cajón y que se estaba calentando por el sol de enero, me hicieron sentar junto a otros veinte detenidos, colocándonos en dos filas, apretados todos, espalda contra espalda y hombro contra hombro. Unos bomberos cubiertos de sudor, emprendieron –con gran empeño– la tarea de atarnos a todos con una sola soga gruesa. [...]

Todo parecía insinuar que se nos llevaba, simplemente, como ganado al matadero.

–¡Listo! –gritó alguien. Diez bomberos con fusiles se sentaron a ambos lados del camión y el oficial, junto al chofer, gritó:

–¡Descúbranse las cabezas! [...]

No sé cómo, pero a mí me tocó caminar en la primera línea de los presos, los que habían traído de la comisaría séptima. Ya no me quedaban duda alguna de que iba a pasar por el infierno. Comencé a experimentar una suerte de inusual curiosidad... de sentir y vivir los martirios en mi propio cuerpo. [...]

Me introdujeron en la primera celda. Además de la gente que ya conocía, estaban allí dos personas: el ruso Rubio, al que había podido ver mientras lo torturaban, y un italiano enorme.

El ruso tenía la piel amarillenta y apenas se mantenía erguido. Daba la impresión de que le habían roto algo. Cerca de él se encontraba el italiano.

Me colocaron al lado de ellos y formamos una fila. Entonces, dijeron:

–Aquí tienes a tu ministro de guerra y a tu jefe de policía.

Era una tarde calurosa sofocante. La atmósfera estaba cargada de tensión.

[...]

...comenzaron a llegar “personajes importantes”: jefes militares, altos funcionarios gubernamentales. Entró uno que, según me pareció, era del “Departamento” y me formuló preguntas diversas, preguntas típicas de cualquier interrogatorio policial:

–¿A qué nación pertenece?

–A la judía.

–¿Cuánto tiempo hace ya que vive en el país?

–13 años.

–¿Religión?

–Socialismo. [...]

–¿Usted es socialista?

–Sí

–¿Tiene que decirme en algo que decirme sobre la conjura maximalista?

–No...

–¿Tiene miedo?

–No.

–¿No tiene Piedad con usted mismo?

–¡No!

Se encogió de hombros y salió. [...]

[...]

En este momento, un grupo de funcionarios militares policías comienzan nuevamente preguntas:

–¿Ruso?

–Sí.

–¿Hace mucho tiempo de está en el país?

–Sí.

–¿De qué ocupó?

–Trabajaba.

–¿De qué?

–Primero una fábrica, posteriormente redacción de un periódico.

–¿Por qué se fue de Rusia?

–Deseaba emigrar a un país libre.

–¿Con el fin de propagar el maximalismo?

–No, hace trece años no existía en Rusia maximalismo.

–¿Cómo ha interpretado usted el levantamiento...?

–Me permitiré no contestar esta pregunta.

Después fijé la mirada en aquel punto de la pared gris, tal como el plantón lo exigía. A mis oídos llegó un rechinar de dientes... y amenazas:

–¡Se les mostrará qué es el maximalismo! ¡Todos ustedes van a ser degollados del primero hasta el último! Cada uno de ustedes es veneno para el país... se creen que, al no hablar, nosotros no nos enteramos de nada. Pero sus compañeros ya lo dijeron todo...

Uno de ellos me agarró de los cabellos:

–¿Vas a hablar? ¡Si no te mataremos!

–Si ya les dijeron a ustedes todo...

[...]

“¡Delirios! ¡fantasmas!”, me di vuelta y me recosté de distinta manera con el fin de convencerme de que éstas no eran más que visiones estremecedoras, las que, a pesar de todo, no querían desvanecerse... y en la celda amarillenta y opaca seguía predominando un silencio mortal. Los bomberos con sus rifles estaban allí, con sus ojos abiertos, como momificados. Y la pesadilla continuaba.³

Últimos días

La Semana Trágica se extenderá por más de siete días. Aunque formalmente se decide levantar la huelga en los talleres Vasena el día 13 de enero, la represión continuará. No solo actuarán fuerzas militares y policiales, también lo harán grupos civiles armados como la Liga Patriótica. Entre sus miembros fundadores se encontraban el monseñor Miguel De Andrea, Lisandro de la Torre, Luis Agote, Francisco P. Moreno y más. La Liga fue uno de los responsables de las acciones antisemitas que se darán particularmente en el barrio de Once, con cientos de muertos. Poco después, tendrán una actuación significativa en la represión de las huelgas de la Patagonia. Pinie Wald relata los últimos días en los que es interrogado y torturado en este marco antisemita, asociado a una “conspiración maximalista soviética”:

Doce y trece de enero

Desde el patio nos llegaba el bullicio: resonar de espuelas, rechinar de caballos, ruidos de cadenas, caminar constante. De pronto, todo se apagó y, desde el silencio, brotó un discurso ronco, interrumpido de vez en cuando por “Vivas” y “Muertes”.

³ Ibídem, pp. 29-51.

¿Qué sucedía del otro lado del muro de la cárcel? ¿Qué pasaba en la calle? ¿En la ciudad? ¿En el mundo entero? ¿Acaso existía algo que no fuera violencia y asesinato? ¿Cazadores y cazados? ¿Perseguidores y perseguidos? ¿Los que golpean y los golpeados? ¿Asesinos y asesinados? ¿Acaso existía algo fuera de bomberos armados y presos martirizados que esperaban su muerte...?

¿Dónde estaban los miles y miles de presos que había visto el día anterior? ¿O era un sueño atroz, una pesadilla, a fin de cuentas? [...]

La mañana siguiente fue hermosa y fresca, excitante como la misma vida [...].

Nuevamente llegaron visitantes; nuevamente nos plantearon preguntas astutas y aburridas. Ya las habíamos oído miles de veces; estábamos hartos de escucharlas. [...]

Al llegar la tarde, otra sorpresa. En la puerta de entrada aparecieron Montesano y Louvet. Fue un saludo alentador y optimista de la Federación Obrera Argentina (FORA). [...]

–En nuestro carácter de delegados de la Federación Obrera de la República Argentina –decía Louvet– hemos llegado con el gobierno a un acuerdo: concluiremos el paro general a condición de que todos los detenidos sean liberados. [...]

Aquel era un gran consuelo. Me sentí animado y me despedí cálidamente de los delegados de la Federación Obrera.

Y, como corolario de aquella visita, un oficial me trajo varios atados de cigarrillos y fósforos, remitidos por la Federación Obrera, lo que me deleitó y animó en la oscura soledad de la celda, después de tantos días de no fumar.

Ese trece de enero fue para mí, un día de suerte, una primavera del alma.⁴

⁴ Ibídem, pp. 53-64.

Finalmente, el día 17 de enero Pinie Wald es liberado. Con las siguientes reflexiones –tan legítimas para aquel pasado, en parte olvidado, como para el agitado y confuso presente–, cierra su conmovedora crónica sobre aquella semana de enero de 1919:

Esta no es la *Divina Comedia*, sino la comedia humana. Y si encontré fuerza para sobrellevarla, esa fuerza también llevaba un carácter muy humano: el de sobrevivir al propio miedo. Yo tenía la sensación de estar en el infierno, de ir atravesando sus caminos, sus atajos, sus rincones ocultos; tuve que convencerme hasta dónde los seres humanos son capaces de torturar a otros seres humanos; observar la bestialidad humana, esa forma refinada de la bestialidad. Ver cómo el miedo se convierte en locura y ésta toma la forma de los seres humanos que ejercen el poder; y también quise convencerme, a través de estas pruebas, de cuántas penas físicas y espirituales un ser humano puede soportar. Quise experimentar en mi propio cuerpo, ver y sentir el infierno verdadero en derredor de mí, sobre mí, dentro de mí, ir al fondo de lo oculto, de lo ignoto, de lo terrible, de lo que se teme tanto...⁵

Ha pasado un siglo y no parecen quedar vestigios de la Semana Trágica. Los extensos y complejos sucesos nacionales e internacionales ocurridos durante los últimos cien años parecen haber relegado aquellos eventos al olvido. No se los estudia en las escuelas, tampoco se los nombra. Pero las consideraciones finales de Pinie Wald dicen lo contrario: no es posible disolver en el tiempo aquellos sucesos porque nos proponen incluso hoy, en un mundo tan distinto, reflexiones que pueden ayudarnos a decidir frente a los dilemas sociales actuales.

⁵ Ibídem, pp. 96-97.

Revista Scholé. (2019). 1919, La Semana Trágica Pesadilla (II). Revista Scholé 2019 (2), sección Miradas. Recuperado de schole.isep-cba.edu.ar/1919-la-semana-tragica-pesadilla-parte-ii/



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).